

Viajero

Estuvo en esta ciudad en días pasados el M. R. P. Martín Alsina, General de los R. R. P. P. Hijos del Corazón de María.

In memoriam

A fines del mes pasado murió en Roma el M. R. P. Francisco Javier Wernz, Prepósito General de la Compañía de Jesús.

Nació el R. P. Wernz en Rottveil en 1842; recibió las sagradas órdenes en 1871; en 1904 recibió la patente de Rector de la Universidad Gregoriana de Roma; y el 8 de septiembre de 1906 fue elegido Prepósito General de la Compañía. Escribió una notabilísima obra de Derecho Canónico, fue consultor de varias Congregaciones y teólogo del Concilio Plenario de la América Latina.

Enviamos a los R. R. P. Jesuitas la expresión de nuestro más sentido pésame.

LA IGLESIA

Organo oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

Año IX. Vol. IX.

Octubre 1.º de 1914

Números 18 y 19

**Oración Fúnebre
del Sumo Pontífice Pío X**

Pronunciada en la Catedral de Bogotá el 19 de septiembre de 1914
por el Señor Canónigo

Don Rafael María Carrasquilla

Doctor en Sagrada Teología

Excelentísimos e Ilustrísimos Señores

Me encarga, por segunda ocasión, mi Arzobispo de pronunciar la oración fúnebre de un pontífice romano, a raíz de su partida de este mundo. Ayer, hallándome en la plenitud de la vida, conservando todavía ilusiones en la mente, aún no bien desengañado de glorias que pasan, esboqué con mano torpe la sobrehumana figura de León XIII. Deslumbrado por tamaña grandeza, retraté al hombre a plena luz y os permití sólo entrever en la penumbra al cristiano y al sacerdote. Hoy, después de haber pasado los umbrales de la época postrimera, despierto ya de todo ensueño terrenal, con el alma adolorida y lasa, querría pintarlos al varón justo que

acaba de morir, dejando en segundo término al Pontífice Rey, emperador de las conciencias de trescientos millones de súbditos. La historia de los grandes hombres no es poderosa a prender la chispa del genio en los oyentes; la simple narración de las vidas de los santos enciende, aun en las almas más rudas, el suave calor de las virtudes evangélicas.

La empresa que acometo es más ardua que la precedente: para estimar la grandeza no es preciso ser grande, y todos contemplamos abortos, en las mañanas de verano, las cumbres nevadas del Ruiz y del Tolima. Mas la santidad es condición precisa para entender y medir la excelsitud de los santos. ¿Cómo hablar de **Pío X** con labios manchados y corazón que lleva dolorosas cicatrices de culpa? Imposible es, no obstante, excusar el encargo, porque recordar al padre y narrar sus méritos es necesidad imperiosa para el amante huérfano; porque yo recibí del difunto Pontífice señaladas muestras de afecto, que guardo avaro en la memoria y que se dieron, no como pábulo a la vanidad, sino a modo de voces de socorro para que el débil y cansado viandante no desfalleciese en el camino. A fin de que Isaías anunciara los oráculos divinos, un ángel le tocó la boca con una ascua retirada del altar. Me hará menos indigno de proclamar las virtudes del justo el contacto con la sangre de Cristo que esta mañana me tiñó de púrpura los labios.

* * *

Lanzó un gemido de angustioso dolor, un prolongado lamento de viudez y orfandad la cristiandad entera, al conocer el fallecimiento de León XIII. Pero el duelo de la Iglesia es siempre breve: Si León muere, en cambio Pedro es inmortal, apoyado en la promesa del Redentor,

de rogar por él para que jamás falte su fe (1), de estar con él todos los días hasta la consumación de los siglos (2). El cielo y la tierra fallarán, mas la palabra de Cristo nunca pasa (3). Dios había escogido el nuevo pontífice desde la inmutable eternidad, y habría podido decirle como en los antiguos tiempos al Profeta: *Primero que te formara en el seno de tu madre, te conocí, y antes que nacieras... te destiné para hacer oír mi voz a las naciones (4).*

Nació **José Sarto** en la bella Italia, madre de las artes, cuna de la civilización, maestra de toda ciencia, en los que fueron dominios de la encantada Venecia, destronada reina de los mares, no lejos de la costa bañada por el Adriático, que rompe blandamente sus olas azules sobre las arenas de la playa. También la cuna del primer Papa, Simón hijo de Juan, se meció humilde

(1) Luc. XXII, 32.

(2) Matt. XXVIII, 20.

(3) Ibid. XXIV, 35.

(4) Jerem. I, 5.

en cabaña pescadora a orillas del lago de Tiberíades. Vio el futuro Pontífice la luz primera en la aldea de Riese, donde escribió Bembo varias de sus obras inmortales; celebrada por su hijo el cardenal Mónico en estrofas armoniosas y elegantes, en que nos la describe como un fragmento del paraíso terrenal salvado del castigo, con la almenada Castelfranco al mediodía; al norte, lejos, muy lejos, como niebla azulada, la imponente cordillera de los Alpes; con un clima

Che con giuste vicende amico cielo
Ne temprà dolcemente il caldo e il gelo.

En el ambiente de la clásica tierra de la erudición y la estética, en la patria de Aldo Manucio y del Ticiano, bebió el amor a las ciencias, el gusto por el arte, la intuición de la música y la poesía. Pero más hondo que la naturaleza y que lienzos, estatuas y fachadas, labraron en el alma del niño la modesta iglesia parroquial donde renació a la gracia por el bautismo y más tarde recibió la comunión primera, el vecino santuario de la Céndrole, consagrado a la Madre de Dios; y, sobre todo, el ambiente de los nativos lares; las lecciones y ejemplos de sus padres, dotados del buen sentido que da el trabajo rudo si lo acompaña la cristiana piedad, amantes de sus hijos con aquel cariño fuerte y varonil, tan escaso en los hogares ciudadanos.

Pasó el varón egregio cuya pérdida estamos hoy deplorando, los primeros años, a se-

mejanza de San Juan de Dios, San Vicente de Paúl y el Venerable Bosco, en rústicas labores; y a imitación del Maestro celestial, hijo adoptivo del carpintero de Nazareth, en domésticos menesteres y cuidados. Allí aprendió a practicar la pobreza, y su hermana mayor la caridad para con los más desvalidos; la sobriedad, nodriza de las almas fuertes; la paciencia, endulzadora de las penas; el trabajo tenaz, secreto del éxito en las empresas; y sobre todo, adquirió aquella que es fundamento de toda virtud, la que hace que ante el nombre de Jesús toda rodilla se doblegue. El nacimiento oscuro produce en los hombres levantados por la Providencia a las alturas, efectos diversos y aun contrarios: en los soberbios, despecho; desaliento en los cobardes; en los cristianos fervientes, humildad. El Cardenal **Sarto, Pío X** más tarde, hablará a menudo en el palacio patriarcal de Venecia, en las salas del Vaticano, de su pobre cuna, de sus honrados padres, de su infancia desvalida, con sencillez perfecta, sin rubor y sin jactancia.

Guardó intacta en los años juveniles la albu-
ra del bautismo; ardía en devoción a la *Madonna*, la Santa Madre de Dios; enternece a los demás rapaces con sus religiosas conversaciones, y los conducía a la Céndrole, donde recitaban a coros, con las manos puestas, el rosario santísimo de María. A los doce años de edad se acercó por primera vez a la sagrada mesa. ¿Por qué te dilataron, Padre Santo, la

unión con el divino Jesús? ¡Oh! dirías tú, si yo pudiese hacer que todos los niños llegasen al Niño Dios, que los espera con la sonrisa en los labios, el anhelo en los ojos, los bracitos abiertos! ¡Aguárda! te respondería Cristo a los oídos del corazón; soy paciente porque soy eterno, pero a ti solo confío la hora de la misericordia y la justicia. Escuchad ahora, hermanos la voz del sacerdote que lo dispuso a la comunión y que escribió doce años después estas palabras: "**José Sarto**, el día que Dios se unió con él, dejó de ser niño, adquirió un corazón levantado y fuerte, y sintió el comienzo de una nueva vida, porque Dios, al visitarlo, le comunicó la necesidad de abnegarse, de inmolarse, de amar; ese día se consagró en cuerpo y alma a Jesucristo, y no ha dejado de vivir un solo instante en comunicación con el Maestro. Es el alma más noble que conozco; y aunque apenas un humilde y modesto sacerdote, se asentará en el cielo a la diestra de la Majestad divina." A poco hizo **José** voto de perpetua castidad ante la imagen de María.

¡Feliz el niño cristiano que se halle sostenido por un sacerdote a la medida del espíritu de Cristo; por uno tan inteligente que sepa lo que es un pequeñito, tan delicado que lo estime, tan paciente que lo tolere, tan caritativo que lo ame! Dios concedió esa merced al que había de ser su vicegerente en la tierra. En el escondido párroco de Riese halló catequista, director, padre,

protector y maestro. El lo inició en las letras humanas, lo instruyó en la lengua de Virgilio, le despertó el amor al estudio, le enseñó la difícil arte de aprender. Cuando yo llegue al cielo—y espero ir allá porque creo en el perdón de los pecados—y contemple el alma de **Pío X** en el coro de los pontífices, quiero ver dónde brilla el párroco escondido que lo hizo sabio, que lo enseñó a ser santo (1).

Sigamos al niño a la escuela de Castelfranco; veamos cómo recorre a pie cada día varias millas de camino, llevando junto con los libros y cuadernos los mendrugos para la comida meridiana. Si en los registros escolares de examen aparece siempre **José Sarto** en el puesto preeminente, se distinguía aún más por las prendas de la voluntad. Uno de sus maestros escribió: "Este niño primero ama a Dios y después adora a su madre." No se concibe elogio mayor para un adolescente.

¡Ah, hermanos míos, qué lejos me hallo de la oración fúnebre a estilo del gran Bossuet, modelo insuperable en este género literario! Pero en aquel genio soberano valía más el cerebro que el corazón; en el indigno sacerdote que os está hablando es menos ruin el corazón que la cabeza. Sigamos, pues, con los afectos, dejando las grandezas a un lado.

(1) El cura de Riese, protector y maestro de Pío X, se llamaba don Tito Fusarini.

El mismo párroco, mecenas de **Sarto**, le obtuvo del cardenal Mónico, patriarca de Venecia, un puesto gratuito en el seminario de Padua. El bienhechor prelado era también natural de Riese, y su padre había sido un pobre obrero. "Es hijo de aldeanos, como yo, dijo Su Eminencia: debo ayudarlo, y tengo intuición de prestarle con ello un importante servicio a la Iglesia." ¡Qué asunto tan digno de atención: un príncipe nacido de la ínfima categoría social preparando a otro de su condición al pontificado supremo! ¡Y pintan al clero católico como enemigo de las clases populares!

Pasó en silencio la vida del seminario, piedra de toque de las almas, cuando anima a los superiores el espíritu de Dios, espíritu de sabiduría y consejo, de fortaleza y piedad, y donde **Sarto** fue el primero en las aulas, el modelo de la piedad clerical, que es la que no se deja ver ni sentir; el objeto de la estima de sus mayores, de la respetuosa amistad de sus iguales, para llegar al día en que fue ordenado sacerdote, en presencia de su madre, de su párroco y de sus maestros, autores, después de Dios, de aquella alma escogida. Los afectos de ese día tuvieron al Señor por único testigo; sábese que sus proyectos para lo por venir se limitaban a ser buen cura de una parroquia campesina.

Y lo fue en efecto, empezando por el humilde oficio de coadjutor. "Mi compañero, escribía el cura principal, es un santo. A las gre-

gias cualidades que advertí en él desde el principio deben agregarse un celo de apóstol, un valor a toda prueba y una caridad a la antigua. No parte la capa con el pobre: se la da toda entera. Los primeros días lo creí llamado con el tiempo a los puestos más elevados de la Iglesia. Estaba yo engañado. Carece de toda ambición y sólo piensa en ganarse el sitio más encumbrado del paraíso." El Padre celestial se lo concedió todo: lo que no pretendía la humildad y lo que anhelaba el amor; el trono más augusto de la tierra y una sede desde donde juzgar a los ángeles y a los hombres en el reino de los cielos.

Al ascender de coadjutor a párroco, su celo y su caridad se desbordaron, y semejava que Vicente de Paúl hubiera resucitado en tierras de Venecia. No contento con dar hasta el postrer óbolo de sus modestos estipendios, empeñó, para socorrer a los desvalidos, los muebles de su casa y aun los preciosos libros de piedad y de estudio. A pesar del ansia de ocultarse, la fama de su ciencia, de su pericia en el arte suprema que es el régimen de las almas, y el suave olor de sus virtudes traspasaron las lindes de la parroquia. Así el viajero alcanza a percibir, en lo oscuro de la noche, la luz que a través de los resquicios de las ventanas se escapa del hogar de la cerrada cabaña; así trasciende el aroma de azucenas y azahares aun fuera del recinto donde se cultivan.

Y lo llamó el obispo de Treviso a elevados puestos en la cátedra, en la dirección del seminario, en el gobierno de la diócesis. Sus lecciones, no impresas por modestia, corrían en copias manuscritas por varios seminarios italianos; formó los levitas más que con palabras con ejemplos; y como superior eclesiástico, sin hacerse temer se hizo obedecer y admirar; sin familiaridad indebida, fue el ídolo del clero.

Mantua la famosa, la patria de Virgilio, la que vio nacer en su jurisdicción aquel ángel en carne humana que se llamó Luis Gonzaga, había perdido recientemente su pastor. Dolorosas circunstancias, nacidas de incuria de los hombres y malicia de los tiempos, tenían reducida la diócesis mantuana a estado por muchos conceptos deplorable. León XIII que, a fuer de grande, era conocedor eximio de los hombres, necesitaba un obispo en quien se aliasen ciencia profunda y heroicas virtudes con perfecta gentileza cortesana; la pobreza con la magnificencia, la actividad con la calma, la decisión con la prudencia, y con suma entereza blanduras de corazón materno. Y sin que el candidato lo supiese de antemano, nombró para la sede de Mantua a Monseñor **José Sarto**, canónigo primicerio de Treviso.

Hé aquí al hijo de los aldeanos de Riese, al niño que primero amaba a Dios y después adoraba a su madre, alzado por Dios a la dignidad de obispo, es decir, varón lleno de la

plenitud del sacerdocio y de los dones del Espíritu Divino, sucesor de los Apóstoles, miembro de la Iglesia docente, maestro de la fe, legislador y juntamente juez y gobernante de una porción del rebaño de Cristo. También pastor, padre, médico y consolador y consejero y firme apoyo; que para todo eso instituyó Cristo los obispos.

Antes de diez años, aquel campo a medio cultivar, invadido por cardos y ortigas, era un delicioso jardín, recreo de las miradas de nuestro Padre que está en los cielos. Fundados sólidos estudios de las ciencias humanas y de las divinas, modelado el sacerdocio en sabiduría y piedad, combatidos los errores, corregidas las costumbres, devuelta la paz a las familias, se multiplicaron las escuelas, asilos, hospitales, socorros a los pobres. El Papa seguía desde las alturas del Vaticano, con ojo de águila, el proceso de aquella resurrección triunfal, y cuando vio a Lázaro fuera del sepulcro, radiante de juventud y nueva vida, quiso premiar al autor de aquel milagro, y concedió al obispo de Mantua la púrpura cardenalicia. *¡Quién como el Señor Dios nuestro, que habita en las alturas y pone la mirada en lo humilde de la tierra, y levantó a su siervo del polvo para colocarlo por autoridad de su Vicario, en medio de los príncipes, entre los príncipes de la Iglesia Romana! (1).*

(1) Ps. CXII. 5 a 8.

Los hombres mediocres se van empequeñeciendo a medida que crece el recinto en que figuran; los grandes se agigantan a proporción que el escenario se dilata. La lámpara que ilumina plenamente el gabinete de estudio deja en tinieblas los ámbitos de esta catedral; el sol, que penetra discreto al aposento, vierte luz a raudales en la anchura del mar, en los horizontes infinitos del desierto. El Cardenal **Sarto** iba a mostrar que era capaz de colmar un teatro más extenso, mientras llegaba el instante de que llenase el mundo con su inteligencia y su acción.

Meses después, iba recorriendo el gran canal de Venecia, en una góndola dorada, revestido de los pontificales ornamentos, por en medio de las dos hileras de marmóreos palacios ricamente empavesados, bajo los puentes que semejan por angélicas manos contruidos, entre el alegre sonar de todas las campanas de la ciudad echadas a vuelo y las voces de júbilo de la apiñada muchedumbre, para ir a sentarse bajo las bóvedas de la portentosa catedral de San Marcos, a la diestra del altar, en el trono de San Lorenzo Justiniano.

Al multiplicársele el rebaño, crecieron las necesidades y también los recursos, y él, sin aumentar la reducida servidumbre, la mesa frugal, el lecho angosto, los pobres vestidos, sin mejorar la medianía de sus hermanos y parientes,

dilató los espacios de su caridad (1). Desde aquella sede conspicua, dejó sentir en toda Italia el influjo de sus consejos y aspirar el perfume de sus ejemplos; y ante auditorio digno de entenderlo, se expandió su sobria, enérgica y pintoresca elocuencia. Resistió con apostólica entereza, con ocasión de su nombramiento al patriarcado, los desafueros de las potestades temporales, y una vez más hizo triunfar el derecho sobre la iniquidad, la mansedumbre sobre la fuerza.

A imitación de los grandes prelados del Renacimiento, de los Rovere y los Médicis, se constituyó mecenas de literatos y artistas, y descubrió al insigne Perosi, le desató las alas, sugirióle los oratorios sublimes de *La Pasión* y *La Transfiguración*, le confió la capilla de San Marcos mientras llegaba el tiempo de encomendarle la dirección de la Sixtina. Ensanchó la basílica patriarcal, desterró de las iglesias todo lo que repugna al gusto exquisito del artista y todo cuanto ofende la delicadeza en el cristiano; y así como su maestro Jesús arrojó del templo a los mercaderes, así el Cardenal lanzó de las iglesias la música profana, volviendo a las graves y religiosas melodías de la antigua salmodia y a las paráfrasis, en modernas y sabias armonías, a modo de Palestrina, el grande. Por tal resurrección, extendida más tarde al orbe, el nombre

(1) S. Agust. Serm. 110.

de **Pío X** figurará en la historia del arte al lado del de los Ambrosios y Gregorios.

Ningún prelado respondió mejor que **Sarto** a los magnos pensamientos de León XIII. Eran el Papa reinante y el que había de ser sucesor suyo como dos cuerdas de un salterio que dan siempre una misma nota, aunque en octavas diferentes. El catedrático de Treviso fue de los primeros en el mundo en leer filosofía según la mente del Angel de las Escuelas; el obispo de Mantua, en organizar la acción católica en pro de los obreros; el patriarca de Venecia, en ponerse al frente de las elecciones municipales, para hacer triunfar a los católicos en los concejos de ciudades y aldeas. Creía él, y siguió creyendo como Papa, y lo que cree el Papa es lo que todos debemos creer, que el ministro de Cristo nunca ha de tener derechos menores que ningún otro ciudadano; y que el clero, fundador de toda noción, debe dar ejemplo a sus conacionales de amor encendido a la patria.

Supo el Cardenal ganarse el respeto y amistad de príncipes, nobles y magnates, y vivir en íntimo trato personal con los mendigos, los desvalidos, los enfermos. Por eso cuando salió de Venecia a no retornar jamás, a la hora de partir para el conclave, mientras se estaba despidiendo de don Carlos de Borbón y de su esposa, de patriciado y de las autoridades de la ciudad, el pueblo lo aclamaba: ¡Viva el padre de los pobres! ¡Viva el patriarca de los gondoleros!

Después, el día de su coronación, cien mil personas de todo pueblo, lengua y raza, lo saludarán Papa-Rey. Valen más los adioses de Venecia, porque el carácter de pontífice supremo o de monarca no abren por sí solos las puertas de la bienaventuranza, mientras que el título de padre, de patriarca de los pobres, es pasaporte franco y seguro para entrar al reino de los cielos.

Uno de los más bellos monumentos de que la patria del Ticiano se ufana era el campanario de San Marcos, tan austero como esbelto, testigo diez veces secular, inmóvil aunque no mudo, de la grandeza, decadencia y muerte de la república famosa. En aquel *campanile*, ¡oh inmortal Galileo Galilei! fue donde

En el aire elevando dos cristales,
Vuelto a Venus la faz, puesto de hinojos,
Los ojos que te hiciste fueron tales
Que envidiaron las águilas tus ojos!

Las obras del hombre perecen; sólo la Iglesia, fundada por Dios, permanece eternamente. Se desplomó el campanario de San Marcos, rendido a su inmensa pesadumbre. El artista, el veneciano, el patriarca, se sintió herido en lo más íntimo de su alma. El hombre es combinación portentosa de polvo de la tierra y espíritu inmortal; y en los varones superiores, a medida que el polvo se quebranta, cobra el espíritu alas más poderosas para volar a las alturas. Púsose el Patriarca a la cabeza del movimiento de las

autoridades civiles y del pueblo para hacer resurgir el campanario de sus ruinas, y un día el Cardenal **Sarto**, ante el conde de Turín, hijo del Rey, los ediles de la ciudad, los representantes de varias naciones y la multitud popular, bendijo la primera piedra y dejó brotar del corazón una oración breve, de altísima y castiza elocuencia, que vertida a todas las lenguas, llevó el nombre de su autor hasta los confines de la tierra. Después de aliar con mano de maestro la piedad con el patriotismo más ferviente, terminó diciendo: "¡Alzate bendecido por Dios, Campanile de San Marcos, y llegue presto el día en que vuelva a resonar la voz de tus broncees, que anuncie, con los grandes hechos de Venecia, gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!"

Faltaba la última jornada del camino. En el conclave que siguió a la sepultura de León XIII, el cardenal **José Sarto** obtuvo las tres cuartas partes de los votos; respondió que aceptaba la dignidad y el cargo de Vicario de Cristo y que tomaba el nombre de **Pío X**.

*
*
*

El día en que un hombre es elevado al pontificado supremo deja el nombre que recibió en el bautismo y el apellido de sus mayores, y se llama como alguno de sus predecesores ilustres. Esta no es práctica baladí, tradición sin

alma; el recién electo ya no es Simón, hijo de Juan, ni Hildebrando, ni Juan de Médicis, ni Joaquín Pecci: es Pedro, Cefas, la piedra angular de la Iglesia de Jesucristo, Señor nuestro. Los primeros sucesores del príncipe de los Apóstoles conservaron su nombre propio para distinguirse unos de otros; por trescientos años todos fueron santos y casi todos mártires; sacrificados en Roma, mezclaron su sangre con la del primer pontífice; sepultados en la ciudad eterna, casi siempre en el Vaticano, confundieron sus reliquias con las de Simón Pedro.

Después los papas dejaron su nombre original y se apellidaron Clemente, como el discípulo predilecto del pescador; Sixto, como el papa de San Lorenzo; Urbano, como el que figura en la idílica historia de Santa Cecilia; León, como el salvador de Roma; Gregorio, como el apóstol de Inglaterra. Ninguno se ha llamado Pedro, porque Pedro son todos; ha habido más de trescientos papas, pero un solo Papa, una piedra sola. Y parece como si el nombre del pontífice fuera augurio de su carrera gloriosa; los Gregorios se han distinguido por la fortaleza, los Leones por la sabiduría, los Píos por los dolores, compensados con las mayores victorias.

A la coronación de **Pío X**, el mundo, sabio con la prudencia de la carne, ignorante de la política de Dios, se mostraba ansioso de saber en cuál de las naciones, en cuál de las grandes potencias, como ellas se apellidan con soberbia

insana, se apoyaría el nuevo papa, y él, con asombro universal, no se apoyó en ninguna. El cedro del Líbano, que unde sus raíces en las entrañas de la tierra y rasga con su copa el velo de las nubes, no busca sostén y amparo en las gráciles cañas que germinan a sus pies. El incendio que hoy devora al viejo mundo; la guerra actual, sin precedente en la historia por el número de los luchadores y los medios de exterminio de que disponen; este certamen de civilizada barbarie, que destruirá en semanas lo que se había edificado en muchos siglos; la catástrofe horrenda que se avecina; todo, no sólo justifica sino ensalza la conducta del Pontífice. ¡Qué de la Santa Sede si hubiera ligado su suerte a la desgracia de las naciones que resulten vencidas, a la conducta de las que resulten vencedoras!

Tuvo **Pío X**, al principio no más de su reinado, el dolor de ver a un gobierno romper los vínculos gloriosos de fecunda amistad que habían ligado a Francia, catorce siglos, con la Silla apostólica. El Gobierno, digo, porque los obispos, sacerdotes y fieles se mostraron heroicos en aquella amarga circunstancia, dignos del que fue reino cristianísimo, fundado por Clodoveo, gobernado por San Luis, libertado por Juana de Arco, ilustrado por San Hilario y San Bernardo. Dios, para cumplir sus designios, saca milagrosamente bien del mal, y dispuso que la injustificable separación de la Iglesia y el Estado

extirpase las postreras reliquias de los errores galicanos. El día más glorioso del pontificado de **Pío X** fue aquel en que, con sus propias manos en Roma, en la Basílica de San Pedro, al pie de la cátedra del príncipe de los apóstoles, consagró catorce obispos franceses por él mismo elegidos. *Ave aeterna Roma, Semper victrix!*

El nombre de Jesús quiere decir Salvador: el Verbo de Dios se hizo hombre para redimir las almas, para llevarlas al cielo; y con ese mismo fin instituyó su Iglesia. Sangre generosa de los mártires, escritos de Agustines y Crisóstomos, conservación de la cultura antigua en los monasterios benedictinos, épicas guerras contra el sarraceno, imperio de los Inocencios y Gregorios sobre príncipes y pueblos, gloriosas universidades medievales, renacimiento de las artes y las letras, misiones entre infieles, pompas del culto, lienzos de Rafael, estatuas de Buonarroti, soberbias catedrales cuyas flechas suben al firmamento, no son sino simples medios para alcanzarles a los hombres santidad en la existencia presente, perpetua bienaventuranza en la futura. Determinó **Pío X** ir directamente a las almas para infundir en ellas la vida de la gracia y acrecentársela con alimento espiritual, con Jesucristo, pan vivo bajado del cielo (1); pan del entendimiento, porque EL es verdad por esencia; de la voluntad, porque es santidad infinita. *El que viene*

(1) Joan. VI. 51.

a mí, dice Jesús, *no tendrá hambre, y el que cree en mí no tendrá sed* (1). Mas EL quiso alimentarnos de otra manera, más íntima, más afectuosa, a modo de las madres, que con su propia substancia forman y nutren a sus hijos. Brindanos el manjar de la inmortalidad en *su carne que es verdaderamente comida, en su sangre que es verdaderamente bebida* (2); en la inefable Eucaristía, esfuerzo supremo del amor infinito que dispone de poder ilimitado; compendio de las maravillas divinas. Este es por excelencia *el pan nuestro, sobresubstancial* (3), como lo llama un evangelista; *de cada día* (4), como otro lo apellida; aquél en cuya *fracción perseveraban unánimes* (5) los fieles de la Iglesia primitiva, el origen de la constancia de los mártires, de la pureza de las vírgenes, de la sabiduría de los doctores, de la caridad que todo lo da, de la paciencia que todo lo sufre, de la fortaleza que todo lo supera. La comunión cotidiana fue práctica constante de la Iglesia, en los siglos de persecución, en los tiempos de las herejías, en las incursiones de los bárbaros, siempre, hasta que la reforma protestante extinguió, aun en corazones católicos, la sed de poseer a Jesucristo; hasta que vino a completar la obra nefanda

(1) Ibid. 35.

(2) Joan VI. 56.

(3) Matt. VI. 11

(4) Luc. XI. 3.

(5) Act. II. 42.

el hipócrita y helado jansenismo, que enseñaba ser la comunión premio de la santidad adquirida, y no, como dice la Iglesia, medio para adquirir la santidad.

Refloració por obra de **Pío X** la comunión frecuente, la diaria, y se llenó de convidados el banquete del padre de familia, sin exigirles sino la veste nupcial, que consiste en la blancura de la gracia y en la rectitud de la intención. El segundo de estos requisitos no existe en las personas esclavas del mundo, empapadas de su espíritu, imbuidas en sus máximas, envenenadas con sus lecturas, pasatiempos, modas y espectáculos. ¡Gloria a **Pío X**, el papa de la eucaristía!

¿Habéis meditado en lo que es un niño cristiano de siete años? Es una alma creada con infinito amor por el soplo de los labios divinos, con la sangre de Jesucristo rescatada, limpia de mancha original por el sagrado bautismo; alma en que mora Dios y en que Dios se complace; hermana de los ángeles; luz que se refleja y transparenta a través del cuerpo, como el sol por las nubecillas de verano; el modelo que el Salvador nos propuso para entrar al reino de los cielos. *Dejad a los niños que vengan a mí* (1), mandó EL a sus apóstoles, y permitió que los pequeñitos le rodeasen, subiesen a sus rodillas, tocaran sus vestidos, y los acarició y los bendijo. No hay palabra para expresar el gozo del

(1) Matt. XIX. 14.

Corazón de Jesús cuando se une todos los días a esos corazones sin culpa grave, frescos como un lirio recién abierto, ingenuos como corderos, simples como palomas. Y ellos estaban también alejados de la sagrada Eucaristía, porque se pretendía que conociesen mejor la grandeza del Huésped divino, que se acercasen con más respeto a la mesa del altar. Ah! cuando los adolescentes alcanzan mayor discernimiento, saben también en ocasiones violar los mandatos celestiales; y el porte reposado de los adultos a veces no se adquiere sino a costa del candor y la inocencia. Si el Evangelio ha dicho que cuanto se haga en pro de los párvulos es como si se hiciese en favor de Jesús mismo (1), ¿cuál será la corona de Pío X que les dio la gracia de comulgar a millones de niños y le entregó a Cristo esos millares de corazones infantiles? No sólo fue el llorado pontífice padre de los pobres, el papa de la Eucaristía, sino el ángel tutelar de la niñez.

Angel fue también al desarrollar en la cristiandad entera la explicación dominical del Catecismo, aquel librito misterioso, el más pequeño en extensión, el más grande por su contenido, después de la Escritura Sagrada; sencillo y profundo, breve e inagotable; tesoro a que no alcanzó Platón remontándose al cielo de las ideas, ni Aristóteles ahondando en las raíces del pensa-

(1) Matt. XVIII. 5.

miento; resumen de cuanto escribieron los padres y doctores; luz para los humildes, aunque sean rudos, tinieblas para los soberbios, aunque sean doctos.

No sólo quiso el Pontífice la explicación del Catecismo para los niños, sino que la extendió a todas las edades y condiciones humanas. Tratándose de la ciencia de Dios, todos somos pequeños. David, con el corazón cortado a la medida del corazón de Dios, después de haber sondeado lo porvenir con lumbres de profeta, es llamado párvulo en la escritura (1). Declara Santo Tomás, en el prólogo de la *Summa Theologica*, que su libro es leche para los pequeñuelos. Y los infantes que se criaron a esos pechos se llaman Soto y Victoria, Suárez y Lugo, Melchor Cano y Toledo.

La solicitud de Pío X no se limitó a los que recibieron el bautismo, sino que se extendió a los infieles, ignorantes del Dios verdadero y de su Cristo. En ninguna de las épocas de la historia alcanzaron las misiones el desarrollo que en el reinado espiritual que acaba de extinguirse. No se contentaba el Papa con enviar los misioneros, sino que los seguía amorosamente en los padeceres y en los triunfos; y no se ha extinguido el eco de la queja, de la súplica, de la protesta del Pontífice ante las crueldades salvajes cometidas contra los indios

(1) I Reg. *pasim*.

por especuladores sin conciencia, felizmente no colombianos, en las selvas amazónicas.

Comunica el Vicario de Cristo la vida sobrenatural a los fieles esparcidos, desde la salida del sol hasta el occidente, por medio de los obispos y sacerdotes, por Jesucristo mismo instituidos, y por medio de las órdenes y congregaciones religiosas, fruto natural de la santidad sobrenatural de la Iglesia. Los presbíteros, los pontífices futuros, nacen y se desarrollan en los seminarios, almácgos de apóstoles, mártires, santos y sabios. Cuidó **Pío X** de aquellos huertos y jardines de Dios como de la pupila de sus ojos. Pensaba que en el clero católico la virtud es la sal que no deja que la doctrina se corrompa y que la ciencia es la salvaguardia de la santidad sacerdotal. En el mundo hay sabios depravados, en el sacerdocio son imposibles; en el cielo brillan santos sin estudios, pero ninguno de ellos es sacerdote. El Papa amó las órdenes monásticas y les dio nuevas instituciones con que guarden intactas las reglas de sus ínclitos fundadores y maestros. Con motivo de su jubileo sacerdotal, escribió **Pío X** una epístola a todos los ministros del Salvador sobre la tierra. Aquélla no fue bula, breve, encíclica; sino la carta del padre amatísimo al hijo ausente por la distancia, no por la memoria y el afecto. Allí se ve, se palpa al asceta, al santo, al párroco, al director de seminarios, al obispo; y se siente la mano delicada que no quiere lastimar, la dis-

creción que entiende no ser concedidos a todos idénticos dones sobrenaturales. Aquel documento ha sido, por meses enteros, asunto de mi oración de la mañana, y me ha sostenido cuando ha arreciado la borrasca de las *externas luchas* de los *internos temores* (1).

No os detendré en la labor interna del Pontífice. Mi auditorio es, en su mayor parte, secular, y las rectificaciones exigidas por el andar del tiempo, son materia fecunda para la historia, estéril para la elocuencia. La reorganización de las congregaciones romanas y los tribunales pontificios, la nueva legislación sobre matrimonios, la tarea muy adelantada de la codificación del Derecho Canónico, la revisión de la Vulgata, la reforma del oficio divino, llenarán volúmenes de los anales eclesiásticos, pero no caben en una breve oración como la presente. Acreditarrán ante la posteridad erudita a **Pío X**, no sólo como santo, sino como gobernante y como sabio, no con la ciencia soberbia que se ostenta, sino con la sabiduría humilde que se oculta. No faltaron a su reinado los consuelos, si sobreabundaron los dolores. El no se apoyó en ninguna nación, pero a ninguna negó su protección y amistad, y poco antes de morir firmó el concordato con el reino de Servia, que aseguró sus derechos a los católicos de aquellas remotas comarcas. Vio el Papa florecer y acrecentarse la

(1) II. Cor. VII. 5.

fe católica en los pueblos anglo-sajones y germánicos del uno y del otro hemisferio, y hallar asilo y amparo los religiosos expulsados de Francia en Inglaterra, Holanda y Alemania.

El jefe supremo de la Iglesia debe vivir, como los hebreos en tiempo de Nehemías, *trabajando con una mano en la reconstrucción del templo y teniendo en la otra mano la espada*, para defenderse de sus enemigos (1). Mientras Pío X restauraba las almas en Cristo tuvo que luchar contra un adversario poderoso. La época de las sectas heréticas parecía, hasta hace poco tiempo, próxima a cerrarse. Llamo herética secta un sistema de errores contra la fe católica, profesado pertinazmente por una agrupación que lleva el nombre de cristiana, y aun con el título de católica quiere revestirse. En el pasado siglo los que apagaron en sus almas la luz de la verdad no pretendieron formar iglesias nuevas; más lógicos, más audaces que sus predecesores, rechazaron del todo la revelación divina. Mejor así para los milites de Cristo: gusta ver el rostro del enemigo con quien va a combatirse.

Mas el demonio de la herejía debía intentar un postrer esfuerzo; la negación total asusta a las almas pervertidas que aún conservan el pudor de la familia espiritual en que nacieron. Judas no hubiera vendido a Cristo a la claridad del cenáculo, y le dio el beso traidor en la os-

(1) II. Esdr. IV. 17.

curidad del huerto. El orgullo y la sensualidad habían combatido a la Iglesia, de un siglo a esta parte, primero en nombre de la razón, después invocando libertad, proclamando la ciencia en seguida. Pero la diosa razón no resolvió los problemas que atormentan el espíritu humano, y por poco no anega el mundo en sangre; la libertad individual pereció ahogada en brazos del socialismo reinante, que es la muerte de toda iniciativa, de todo esfuerzo personal; los abandonados de la solución científica proclamaron la bancarrota de la ciencia. Para escapar de Dios, la soberbia se refugió en la noción de la vida. Sabemos todos que ella es origen del movimiento; y los novísimos herejes, confundiendo el efecto con la causa, hicieron del *devenir*, como dicen en Francia, del *feri*, como proferían los latinos, del *gignesthai* que inventó Heráclito tres siglos antes de Cristo, el dios a quien adorar, a quien servir. Allí está el fundamento del *modernismo*.

En aquel flujo y reflujo incesante caben todas las rebeldías, desde la elemental, que consiste en amenguar el mérito personal del superior y censurar sus mandatos, hasta la que rechaza la divina misión del Papa y los obispos; en él se abrigan los sistemas más diversos: el pragmatismo, que hace consistir la verdad en la acción; el inmanentismo, en inconscientes anhelos de lo íntimo del sér; el evolucionismo, en un tránsito constante de lo bueno a lo mejor. Encuéntranse en el modernismo todas las doc-

trinas falsas, todas las herejías: el agnosticismo de Pirrón, el escepticismo objetivo de Kant, la identidad de los contrarios de Hegel, la duda universal de Descartes, la riña de Pascal entre la razón y la fe, el sentimiento de la escuela escocesa, el transformismo darwinista y aun el fideísmo de Huet, sin faltar una sola de las interpretaciones bíblicas de Strauss y de Renán. Protestaba el modernismo contra lo inmutable de los dogmas y lo mutable de la disciplina de la Iglesia; rechazaba por anticuado el credo de los apóstoles y anhelaba por los últimos ápices de la liturgia primitiva. Para infiltrar el veneno en el indocto vulgo, hizo penetrar su influencia maldecida en la literatura y en el arte, en los vestidos, los espectáculos, las costumbres. Se le perdonará, en gracia de lo inútil, la tentativa de corromper la religión; pero no el estrago que causó en la moral pública, en los serenos dominios de la estética.

La Iglesia, con su prudencia y mansedumbre acostumbradas, calló por varios años, haciendo maternos esfuerzos por volver al redil aquellas descarriadas ovejas. Todo fue inútil, y llegó un instante en que el error tomó las proporciones de un escándalo inmenso. No era ya lícito el silencio, y Pío X, que venía siguiendo con atenta mirada los estragos del mal, escribió al mundo católico su sapientísima encíclica *Pascendi*. Nunca el anatema del Vaticano había hecho es-

trago igual en las filas de los enemigos de Cristo. El modernismo desapareció del recinto de la Iglesia, para no renovarse jamás en esa forma. Aquellas elucubraciones abstractas no caben en la masa popular; los católicos las evitamos con desprecio; los que gusten de semejantes delirios seguirán profesándolos como antes, pero sin pretender llevar el nombre de cristiano. El Papa, en el insigne documento, recogió los dispersos errores, los juntó, señaló cómo se relacionan y enlazan entre sí. Rugieron los modernistas como tigres heridos, no tanto por la rabia de verse condenados, como por la sorpresa de verse descubiertos. Fue el alarido del leproso que por primera vez contempla su rostro en el espejo. El modernismo pasó como fuego fatuo, como espuma del mar, como incidente que no llenará sino una página en la historia.

Y en tanto que alcanzaba el triunfo en toda la línea de batalla, continuaba Pío X con humildad y sencillez su vida de recogimiento y caridad, la misma del coadjutor de Tómbolo, del cura de Salzano, del canónigo de Treviso, del obispo de Mantua, del cardenal y patriarca de Venecia.

*
* *

Aún se ignoran en Colombia los pormenores sobre los supremos momentos del Pontífice, pero su muerte fue la de los santos, *preciosa*, como

dice el salmo, *ante la presencia del Señor* (1). Mas el instante aquél infunde frío en el corazón. Cuando estaba principiando, entre dos millones de soldados, la batalla mayor que han presenciado los siglos, el Papa exhalaba el último suspiro. ¿Acaso Dios quiso apartar al justo, como en otro tiempo a Loth de las ciudades nefandas, para desatar el torrente de la justicia por largo tiempo detenido? ¿O quiso marcar el ocaso de una civilización que era obra suya y había desconocido a su autor? ¡Oh alteza de la sabiduría y de la ciencia divina; qué inescrutables son tus juicios y cuán ocultos tus caminos! (2).

Mirad, hermanos míos: el alma de **Pío X** en la bienaventuranza, la tierra inundada de nuevo diluvio, no de agua, sino de fuego, sangre y lágrimas; la barquilla de Pedro flotante, combatida por todos los huracanes, sobre el piélago sin orillas y gobernada por la mano experta de Benedicto XV; Jesús dormido tranquilamente en la popa. Nosotros, viajeros de la nave, alcemos un grito de humildad, de penitencia, de súplica, y el Maestro despertará, se pondrá en pie, extenderá la diestra, imperará a los vientos y al mar y se hará en la Iglesia y en el universo una perfecta bonanza. *Et facta est tranquillitas magna* (3).

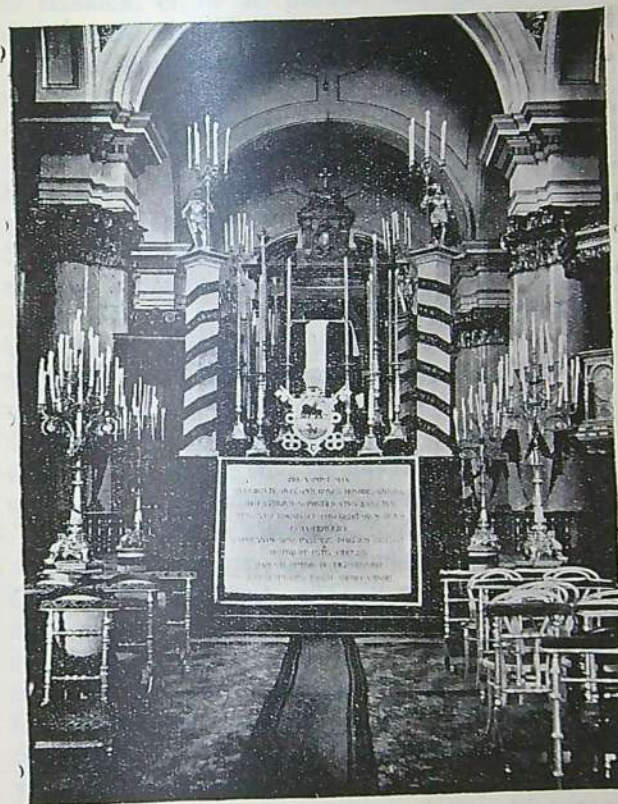
(1) Ps. CXV. 15.

(2) Rom. XI. 33.

(3) Matt. VIII. 23 a 26.

Solemnes funerales por el alma del Padre Santo

PIO X



CATAFALCO LEVANTADO PARA LOS FUNERALES

El Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo y el Venerable Capítulo Metropolitano invitaron a los fieles a los solemnes funerales celebrados en la Basílica, el 19 del pasado mes, por el alma de Nuestro Beatísimo Padre el Papa Pío X.

Las amplias naves de la Basílica estaban colmadas de gente: en el presbiterio, además del Ilmo. Primado, que oficiaba de Pontifical, asistieron el Ilmo. y Rvmo. Señor Obispo de Pasto, el V. Capítulo, y los sacerdotes del clero secular y regular; en la nave central, el Excmo. Señor Presidente de la República con los Ministros del Despacho; el Excmo. Señor Delegado Apostólico, el H. Cuerpo Diplomático, Monseñor Cortesi, el Seminario Conciliar, el Senado y la Cámara de Representantes, la Corte Suprema de Justicia, el Estado Mayor del Ejército, el Gobernador del Departamento, el Alcalde Mayor de la ciudad, etc. etc.; las naves laterales fueron ocupadas por multitud de señoras y caballeros.

Terminada la Misa, el Señor Canónigo doctor don Rafael María Carrasquilla, pronunció la Oración fúnebre que publicamos al principio de este número; y, por último, en la absolución cantaron sendos responsos, el M. I. Señor Vicario General del Arzobispado, el Ilmo. Señor Obispo de Maximópolis, el Ilmo. Señor Obispo de Pasto, el Excmo. Señor Delegado Apostólico y el Ilmo. Primado.

En cada uno de los cuatro lados del catafalco se veían las siguientes inscripciones:



PARTE ANTERIOR

PIO · X · PONT · MAX
QVI · VIRTUTE · DVCE · PER · OMNES · HONORIS · GRADVS
AD · FASTIGIVM · S · PONTIFICATVS · ERECTVS
VITÆ · SANCTIMONIA · ET · CONCREDIRARVM · OVIVM
CVRA · PERVIGILI
EXPRESSAM · BONI · PASTORIS · IMAGINEM · RETVLIT
QVOTQVOT · ESTIS · FIDELES
PARENTI · OPTIMO · DESIDERATISSIMO
ÆVI · SEMPITERNI · PACEM · ADPRECAMINOR

PARTE POSTERIOR

ATROCIA · BELLA · DEPRECATVS
AD · SVPEROS · EVOLAVIT
NON · TANTVM · CLARITATE · VITÆ
SED · ETIAM · MORTIS · OPPORTVNITATE
BEATVS

COSTADO NORTE

OMNIA · IN · XRTQ · INSTAVRARE · PEROPTANS
NOVA · CONIGIIS · SOCIANDIS · IVRA · DEDIT
RELIGIOSÆ · PVERORVM · ERVDITIONI · ADVIGILAVIT
HISQVE · ADITVM · AD · MENSAM · COELESTEM
MATVRIS · PATERE · VOLVIT
MOREM · QVOTIDIE · SACRA · DE · ALTARI · LIBANDI
IMPENSE · FOVIT

COSTADO SUR

CHRISTIANAM SAPIENTIAM
PROSCRIPTIS · NOVITATIBVS · ADSERVIT
SALVBERRIMIS · DE · IVRE · PONTIFICIO
DE · S · PATR · CARD · CONSILIIIS
DE · KLERIC · ET · SODAL · RELIGIOSOR · INSTITVTIONE
SANCITIS · LEGIBVS
ECCLESIAE · REGIMINI · SALVTIQUE · PROSPEXIT

CONFERENCIA

Sobre las Misiones del Caquetá y Putumayo

Dictada en la Basílica de Bogotá por el Ilmo. y Rvmo. Señor
Obispo de Pasto, D. D. LEONIDAS MEDINA

El 12 de Octubre de 1914

Excelentísimos e Ilustrísimos señores:

Los Honorables Miembros de la Junta de las Misiones, presidida por el Ilustrísimo Señor Arzobispo Primado, nos han hecho el honor de encargarnos de la conferencia que de años atrás se ha acostumbrado dictar sobre la obra que tienen a su cargo.

Si lo que se nos ha pedido hubiésemos de mirarlo humanamente, en verdad que hubiera sido deber nuestro excusarnos, tanto por la gravedad del asunto y el objeto que se persigue, como por el respeto que merece tan selecto auditorio, pues no hubiera dejado de ser temeridad, visto el corto tiempo de que disponemos y nuestras pocas aptitudes para llevar a término feliz la empresa que se nos ha confiado.

Empero, tratándose como se trata, de atender a la necesidad de fomentar las misiones y de cumplir un deber patriótico, hemos resuelto—como suele decirse—poner también nuestro granito de arena en esta magna obra, no sólo de utilidad para nuestra santa religión, sino

también de grandes y magníficos resultados para nuestra amada patria colombiana.

Sabido es que la Iglesia es la gran civilizadora del mundo. Instituida por Jesucristo, y representada por doce hombres humildes e ignorantes primero, mas luego ilustrados por luz divina, aparece en el mundo con una misión desconocida hasta entonces, la misión docente, que es de origen divino para la Iglesia y constituye uno de los fines primordiales de su fundación y uno de los medios más eficaces para la regeneración del humano linaje.

«Id y enseñad a todas las gentes.» En virtud de tan expreso mandato, salen los Apóstoles del cenáculo ilustrados por el espíritu divino: así Pedro en su primer sermón convierte cinco mil personas, y Pablo enseña en Corinto, confunde en Atenas a los sabios del Areópago, y ambos anunciando la verdad en Roma, echan los primeros cimientos de la ciencia cristiana, la cual, aunque intentaron ahogar en la sangre derramada durante tres siglos de persecución, fue tanto mejor aceptada y difundida cuanto más fue perseguida y humillada por los altivos Césares romanos.

Los otros apóstoles se dispersaron por las diversas regiones del mundo conocido para enseñar la doctrina evangélica, y entonces la fe se difundió por los pueblos, y la ley del amor vino a hacer de todos los hombres una sola familia, la familia de Dios que, iluminada por aquella

clarísima lumbre, despertó las inteligencias que yacían en las tinieblas del error, mientras que la caridad hizo de todos los corazones un solo corazón.

Pasada la época de las persecuciones, y alcanzada la libertad de la Iglesia de Cristo, no obstante los mil errores que suscitaron los hombres de mala voluntad primero, y la invasión de los bárbaros más tarde, continuó sin interrupción su misión docente alejando los males y abriendo nuevos rumbos a la civilización cristiana, sin dejar de extender y fomentar en los demás pueblos su acción benéfica, hasta conseguir el fin de su institución y el objeto que intentó su Divino Fundador. Sacó a luz la ciencia cristiana que los invasores del norte mantuvieron escondida por largos años en los claustros y monasterios, y de ahí la fundación de las universidades que, nacidas con Carlomagno, se prolongaron luego en las celeberrimas de la Sorbona y Friburgo, Alcalá de Henares y Oxford, Cambridge, Lilderberg, eipzig y Lovaina, y cien más de grata memoria.

Apuntado aunque a grandes rasgos cuanto la Iglesia ha hecho en pro de la civilización cristiana por los pueblos que demoran allende el océano, os ruego fijéis conmigo la atención en lo que ha realizado entre nosotros.

No intentamos narrar lo que ha hecho en América y más aún en Colombia desde los días de la conquista hasta los nuestros, porque, ade-

más de no pertenecer este asunto al plan intentado, nos parece superfluo. Pues, ¿cuál de vosotros no conoce la historia de un de Las Casas, o un Piedrahita? Quién no pronuncia aún con veneración los nombres ilustres de Fray Cristóbal de Torres o Lobo Guerrero? Quién ignora cuántos de los colegios provinciales se deben al celo de virtuosos sacerdotes y abnegados religiosos? Y hoy mismo, ¿a quién se debe la Escuela Apostólica adyacente a esta suntuosa Catedral y el Instituto Agrícola que, como una hermosa realidad, se levanta al sur de esta capital, y más aún el establecimiento de la Honorable Junta de las Misiones que con grande celo trabaja por la civilización de tantos infelices compatriotas nuestros que, sin noción clara de Dios ni de patria, vagan errantes todavía a través de nuestras selvas vírgenes o a orillas de nuestros caudalosos ríos?

Repito que todo esto es conocido de vosotros y por ello creo inútil insistir; mas lo que sí no conocéis o al menos conocéis imperfectamente, es el estado actual de las misiones, menos aún en sus interesantes detalles, lo que estimo de grande necesidad, para que no sólo resalte la misión de la Iglesia en su carácter de maestra y civilizadora en todo tiempo, mediante la activa acción de sus hijos, sino más todavía el imperioso deber en que estamos todos de cooperar, cual más, cual menos, a esta santa

obra que lo es de la Iglesia lo mismo que de nuestro católico gobierno y de todo cristiano.

*
* *

Vamos, pues, a ocuparnos brevemente en la misión del Putumayo y sin mayores digresiones, os diremos sencillamente algo que aunque ya consignado en documento público, vimos con nuestros propios ojos y observamos detenidamente.

Se debe a la iniciativa del Ilmo. Señor Doctor don Manuel José de Caycedo, entonces Obispo de Pasto, la primera excursión al Caquetá y Putumayo, emprendida en 1894 por los RR. PP. Angel de Villaba y Francisco de Ibarra, misioneros capuchinos, y el R. P. D. Henrique Collins, Pbro., con el objeto de informar al Gobierno del lamentable estado en que se encontraba aquella región y de solicitar su apoyo para reducir y catequizar las tribus que poblaban aquel territorio.

Un año después, dos misioneros de la misma Orden, venciendo graves dificultades y trasmontando la cordillera que separa el departamento de Nariño del pueblo de Mocoa, donde se establecieron, haciendo prodigios de celo, empezaron la reducción de los indígenas fundando allí al efecto una incómoda residencia. Los buenos resultados alcanzados por estos misioneros los determinaron a establecer un nuevo centro de misión en los pueblos de Santiago y Sibundoy.

En 1905 creó la Santa Sede la Prefectura apostólica del Putumayo y Caquetá y fue nombrado para su gobierno el R. P. F. Fidel de Montclar, religioso capuchino, residente por aquel tiempo en España, quien en junio del año siguiente tomó posesión y se encaminó a dicho territorio para visitarlo.

De los sacrificios que impone una visita a aquellas incultas regiones, sólo puede formarse idea quien las haya conocido; es propio de sus moradores al abrir las trochas que ponen en comunicación una tribu con otra, tomar por norte la sombra que proyectan los árboles en el suelo, o sus propias sombras, y ya sea porque no son capaces de comprender que mediante un rodeo pueden llegar a determinado punto, ya sea porque crean que economizan distancia siguiendo la línea más recta, ello es que sus caminos se elevan a grandes alturas o descienden a grandes profundidades, y no de cualquier manera, pues no pocas veces en ciertos trayectos rocallosos, les basta una pequeña cavidad donde apoyar la punta del pie o el calcañar para dar el paso, por lo cual son inaccesibles estos caminos a los que no están habituados desde mozos a transitarlos. Si las brechas abiertas en las peñas presentan tales dificultades, no las tienen menores las partes bajas y cenagosas, ya que allí le basta al salvaje colocar un trozo de madera de trecho en trecho y a regular distancia para saltar como ciervo, pero con el tino y la segu-

ridad del ave que apenas roza la superficie del agua a fin de atrapar el pececillo y continuar su vuelo sin temer a la ola que pudiera hundirla.

Señores: Basta lo dicho para que os formeis idea de los esfuerzos que el misionero necesita realizar para conseguir el fin que se propone, pues no estando además acostumbrado a transitar por las trochas descritas, se ve obligado a viajar en los trayectos más difíciles a espaldas de los indios, y en este caso se encuentran no menores los peligros. Al efecto, se construye un aparato en forma de silla de la cual pende una pequeña tabla que horizontalmente recibe los pies del viajero, los que se atan a aquella para evitar cualquier movimiento que en esas difíciles circunstancias pueden hacer perder el equilibrio al carguero, en cuyo caso, rodarían ambos al abismo. El viajero yendo de espaldas, recibe en pleno rostro los rayos de un sol abrasador, como es el de aquellas comarcas, y en los ojos toda la intensidad de aquella viva luz. Y qué decir de los alimentos? Por lo general los indios repugnan el trabajo y, con excepción del plátano y uno que otro tubérculo, se contentan únicamente con lo que la naturaleza les ofrece: la caza en la montaña y la pesca en los ríos; y de ahí el que sus habitaciones se encuentren siempre en sus riberas; el misionero pues, tiene que someterse a este género de vida so pena de perecer de hambre.

El R. P. Prefecto Apostólico recorrió en el breve espacio de dos años el territorio confiado a su cuidado, venciendo las dificultades apun-
tadas y sin punto de reposo. Vista la imposi-
bilidad en que se hallaba para llevar a cabo
sus trabajos apostólicos por falta de vías de
comunicación, emprendió por iniciativa propia la
apertura y construcción del camino de Pasto a
Sibundoy, sin otro apoyo que el de los indios
de Santiago por el oriente, y los de la Laguna
por el occidente, pues aunque varias veces llamó
la atención de los gobiernos nacional y depar-
tamental y de muchos pueblos, por medio de
publicaciones en las cuales ponía de manifiesto
la necesidad de aquella obra salvadora para
asegurar la integridad del territorio, se le co-
rrespondió con el más absoluto silencio, y sólo
unos pocos colombianos contribuyeron con una
suma reducida que se empleó en la compra de
escasas herramientas. En otra que no hubiera
sido aquella alma española, cuya acerada vo-
luntad y encendido amor de Dios desafía los
imposibles en este género de empresas, habría
decaído ante tamaña indiferencia rayana en in-
dolencia culpable. Mas no fue así, y antes bien
demostró con la elocuencia de los hechos de
cuánto es capaz la española energía.

Los misioneros continuaron haciendo inau-
ditos esfuerzos hasta lograr abrir el primer ca-
mino que, si bien con algunos peligros, podía
con todo recorrerse a caballo.

En este estado de cosas tuvo conocimiento
el R. P. Prefecto de la invasión peruana al
Putumayo y más interesado que nuestros mis-
mos compatriotas, resolvió, venciendo gravísimas
dificultades, trasladarse a la capital para infor-
mar al gobierno, y demostrar una vez más la
necesidad de abrir prontamente el camino, tanto
para hacer acto de presencia en el territorio dis-
putado, como para hacer más fácil el tránsito
de las fuerzas que habían de sostener nuestros
derechos conculcados, si los justos reclamos
fueran desatendidos. El señor General don Ra-
món González Valencia, investido por aquel
entonces con el carácter de primer Magistrado
de la República, dio oídos a la serena informa-
ción del R. P. Prefecto, y, convencido de la ne-
cesidad y conveniencia de los proyectos pre-
sentados al efecto, destinó la suma de \$ 40.000
oro para la continuación de los trabajos inicia-
dos en buena hora para Colombia, por los
abnegados misioneros capuchinos de Pasto.

Confiado el R. P. Prefecto en la suma ofre-
cida, deja la obra proyectada en manos del
R. P. Estanislao de las Cortes, y en 1909 parte
para Roma con el fin de informar a la Santa
Sede del estado de la misión y hacer venir otros
misioneros para la continuación de los trabajos.
Regresa al siguiente año lleno de esperanzas y
alentado con las bendiciones del Padre Santo
y acompañado de ocho misioneros, se apresta
a continuar la labor iniciada hasta llevarla a

feliz término sin omitir los más penosos sacrificios.

Ya podréis imaginar, señores, cuál sería su pena y desilución y qué frío sentiría en su alma aquel fervoroso Prelado al ver negado el apoyo ofrecido por el Gobierno y que al vivo interés de pocos meses atrás había sucedido la más desalentadora indiferencia. Empero, puesta en Dios la confianza, viene de nuevo a esta ciudad y con el empeño tenaz de quien confía en los buenos resultados de la obra comenzada, no menos que de los graves males que podrían sobrevenir a nuestra patria en caso contrario, trabaja con insistencia demostrando una vez más al gobierno la necesidad apremiante de tomar posesión de aquel territorio y las funestas consecuencias que vendrían para Colombia en caso de un culpable descuido, cosas ambas que hoy día todos vemos y palpamos, pues si los Padres no se hubiesen empeñado en continuar esta obra, Colombia no sería dueña de ese jirón del suelo patrio, vista la actividad con que avanzan las fuerzas peruanas. Estas razones movieron el ánimo del gobierno y alcanzó el Padre Prefecto la suma de 10.000 pesos mensuales para el mencionado camino.

Con esta base continuaron los trabajos en 1911 y en marzo de aquel año, el Gobernador del Departamento de Nariño comisionado por el Gobierno nacional recorría triunfalmente entre la algazara de los indios y vivas de los blancos,

los ciento veinte kilómetros de camino amplio y resistente que separan a Mocoa de la ciudad de Pasto; camino abierto no obstante el hallarse los Misioneros cargados de deudas porque el Gobierno persuadido ya de la necesidad de tomar cuanto antes posesión del territorio, a la vez que urgía la pronta terminación del camino, no aumentaba la suma destinada para esta obra, insuficiente para sostener los mil seiscientos obreros que trabajaban diariamente.

**

Para daros a conocer este camino prolongado hoy hasta Puerto Umbria, basta repetiros lo que en nuestra carta abierta dijimos al Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo.

El viaje de Pasto a Santiago se hacía antes en tres días por la parte más alta de la montaña a pie o a lomo de indio con peligro de la vida, tanto por los precipicios que había que pasar como por lo fuerte del páramo que está a 4.000 metros sobre el nivel del mar, y en el cual, según nos informaron, no era raro el que muriesen algunos pasajeros por la intensidad del frío en las épocas de invierno. Hoy se va en ocho horas por buen camino de herradura de cuatro metros de ancho por la parte menos elevada de la cordillera y con relativa comodidad para los transeúntes. Al oriente de Santiago se encuentra San Andrés, población indígena también distante de aquella media legua

y separada por el río Quinchoa sobre el cual se está levantando un magnífico puente de cal y canto, por cuenta de la misión....

De Santiago a Sibundoy y de éste a San Francisco se recorren quince kilómetros de excelente camino plano de las mismas condiciones del primero.

A setenta kilómetros de Sibundoy se halla Mocoa; estas dos poblaciones se comunicaban antiguamente por una brecha transitada a pie o a espalda de indio con riesgo de la vida. Se nos informó que antes se empleaban cinco días para llegar a Mocoa.

El camino que hoy existe y que une las dos últimas poblaciones es a nuestro juicio la obra más notable que haya llevado a cabo la misión. De San Francisco se asciende a una cordillera que está a 2.600 metros sobre el nivel del mar; y se desciende por camino firme de tres a cuatro metros de ancho con un desnivel de diez a doce por ciento en las primeras pendientes, y de dos y medio kilómetros más o menos cada uno. Continúa después por el costado de la cordillera a la derecha del río Mocoa, hasta llegar a la población de este nombre, la cual está a 800 metros de altura. En todo este trayecto, con pocas excepciones, el camino está construido en la peña perpendicular en términos que hay partes en que los riscos vuelan sobre la cabeza del viajero. Es notabilísimo el trabajo a este respecto de las dos leguas y media lla-

madas «Vueltas de la tortuga.» Dijimos al principio que este camino es en nuestro concepto la parte más notable del trabajo de los misioneros, porque no obstante las dificultades que tuvieron que vencer para volar la roca granítica en una extensión de tres leguas y media, hallamos un camino bien trazado de ascensos y descensos regularizados y de suficiente amplitud para la conducción de cargas, aun en los lugares de encuentro. Podemos asegurar que dicho camino es el mejor de la República en su clase, y nos creemos con autoridad para afirmarlo, porque la hemos recorrido en el ejercicio de nuestro ministerio, desde el interior del Departamento de Santander hasta los límites con la frontera del Ecuador, y desde los Llanos de San Martín hasta el puerto de Buenaventura.

De Mocoa a Puerto Umbría sobre el río Guineo hay cuarenta kilómetros con ligeras alturas y depresiones hasta el sitio de Urcusique, de donde continúa el camino por el valle montañoso, llevando esta sección cinco metros de ancho el centro, con un desmonte de veinte metros por lado, formando así una hermosísima avenida de cuarenta y cinco metros de latitud por entre aquella montaña virgen, de árboles gigantescos de apretado follaje que se levantan a treinta o cuarenta metros de altura por más de ciento cincuenta centímetros de diámetro.

Hasta aquí el camino abierto por la labor perseverante de los misioneros, restando aún por construirse para llegar por tierra a Puerto Asís, sesenta kilómetros. Una vez terminado este trayecto se acortaría notablemente la distancia de Pasto a dicho puerto, y más aún si se macadamiza, se abren cinco curvas, y se hacen dos variantes para moderar el fuerte desnivel que se desarrolla en el corto espacio de ciento cincuenta a doscientos metros de extensión.

Es sabido que Puerto Asís dista de Mocoa veintiuna leguas, y vista la velocidad media de un automóvil, que es de seis leguas por hora, el viajero podría llegar del interior del Departamento a Puerto Asís en tres días y cuatro horas, contando los tres días que se emplean en caballería por el camino de la montaña.

A esta corta distancia podría estar hoy día Pasto de aquel puerto, si en mala hora no se hubiesen suspendido los trabajos y quitado la administración del camino a los misioneros, ya que seis meses habrían bastado para haber consolidado definitivamente lo construido hasta Puerto Umbria y llevado el camino hasta Puerto Asís, asiento de la colonia militar. Hemos dicho, en mala hora, porque a la economía de tiempo habría venido a juntarse la de los gastos, tanto por la dificultad de reanudar posteriormente los trabajos, como porque, según datos que tenemos a la vista, el camino en referencia, incluyendo

ciento cincuenta quintales de dinamita empleados en volar dos leguas y media de roca granítica, ha costado al Gobierno sólo la módica suma de \$ 1.40 el metro lineal: a la vez que el camino de Florencia sobre el Caquetá, sin tener que luchar con tantas dificultades, le cuesta \$ 2.80 el metro lineal.

Veamos ahora, siquiera sea brevemente, lo que es Puerto Asís en la actualidad. La población está fundada en la banda izquierda del río, a cuatrocientos ochenta metros sobre el nivel del mar; el promedio de su temperatura oscila entre 28 y 30 grados; su posición topográfica es muy hermosa: rodeada por un muro de espesa montaña aparece ligeramente inclinada sobre el río; los caños que la atraviesan tienen el suficiente desnivel para su desagüe; las casas de la misión son de madera y bien construidas, lo mismo que las que pertenecen a la guarnición. El Putumayo se extiende en este lugar hasta 320 metros de latitud por tres de profundidad en verano y sin peligro alguno para la navegación de Puerto Asís al Amazonas; es además rico en pescado por su calidad, cantidad y variedades. Vimos, por ejemplo, un hermoso bagre cogido en uno de aquellos días que pesó siete arrobas, tres libras; y a nuestro regreso, a pocos minutos de botado el anzuelo, uno de los bogas que nos conducía nos presentó un pez de quince libras de peso.

A invitación del R. P. Prefecto recorrimos una parte de las ciento treinta hectáreas que tiene cultivadas para proveer de alimentos a sus obreros y a los colonos a quienes facilita de este modo los medios de subsistencia mientras desarrollan sus industrias y establecen sus trabajos.

La exuberancia de aquella tierra es sorprendente: basta saber que el arroz puede producir de tres a cuatro cosechas anuales; otro tanto puede decirse del maíz; el plátano y la caña de azúcar están en sazón antes de nueve meses y esta última es de tal modo jugosa que una porción de dos o tres metros de longitud produce un litro de líquido; tiene la misión ya algunos potreros empradizados con la mejor clase de pastos conocidos y en ellos mantienen algunas cabezas de ganado, que merced a laboriosos y difíciles esfuerzos han logrado conducir en balsas y canoas por el río Putumayo. De éste se sirve para mover un trapiche americano que provee de dulce a los colonos de la misión. Venciendo los grandes obstáculos que presentan las quiebras y hondonadas de la doble cordillera que separa a Barbacoas de la hoya del Putumayo en una extensión de seiscientos kilómetros aproximadamente, introdujeron los misioneros, a hombros, una máquina de vapor de doce caballos de fuerza, destinada a mover una grande aserradora y los trapiches para suministrar madera y dulce a los moradores de Puerto Asís.

Cuánta sorpresa causa al viajero que penetra en aquellos extensísimos bosques, enantes habitados por fieras, poblados por tribus salvajes y en parte asolados por bárbaros mercaderes, contemplar hoy que al rugido del tigre, al silbido de la serpiente y al agreste grito de las aves salvajes, ha sucedido el pito del vapor y el ruido de las máquinas que anuncian a los cuatro vientos que las fieras han desaparecido, que el salvaje ha entrado en la vida civilizada y que los crueles mercaderes han abandonado el sangriento teatro de sus maldades a los apóstoles del Cristo, en cuyo nombre llevan en una mano la cruz redentora y las bendiciones del cielo en la otra; palabras de paz en sus labios, y en el corazón la ardiente caridad que por la salvación de las almas los lleva a consumir el sacrificio.

Hemos hablado de los caminos de Puerto Asís y de sus industrias; veamos ahora los adelantos en la catequización y educación de los indios.

Desde Santiago hasta Puerto Asís no se presenta hoy un solo idólatra: el progreso en la instrucción primaria es sorprendente. Educa la misión seiscientos sesenta y cuatro niños y seiscientos cuarenta y dos niñas, hijos de indios, más doscientos blancos, hijos de colonos; de manera que con excepción de éstos, hoy se elevan al cielo de entre aquellas selvas, mil trescientas seis voces infantiles entonando las alabanzas al Dios antes desconocido para ellos, y

ocho mil voces de los indios que forman las tribus, para saludar con el himno nacional a su patria antes ignorada.

Aunque la misión no hubiera realizado otros adelantos, basta lo que acabamos de decir para despertar en nuestras almas la gratitud a que son acreedores aquellos que abandonando patria, familia y comodidades y aun con mayor interés que el que tuviéramos nosotros, llevan la civilización cristiana y el progreso a aquellas incultas montañas, sin más recompensa que la de Dios en lo divino, y la ingratitude y la indiferencia de parte de los hombres, en lo humano.

Las escuelas están bajo la dirección de los Hermanos Maristas y de las Reverendas Madres Franciscanas, religiosas de los cantones de la Suiza alemana. Los adelantos alcanzados son admirables: la mayor parte de los alumnos hablan el castellano, saben leer y contestan con propiedad a las preguntas que se les hacen en las materias que han cursado; recitan regularmente composiciones en prosa y verso. Nos llamó especialmente la atención un juguete cómico interpretado por los indiecitos de Sibundoy en obsequio nuestro, por la desenvoltura y propiedad con que desempeñó cada uno su papel. Sorprende mucho el adelanto que han alcanzado en horticultura: los Hermanos y las Madres franciscanas presiden los trabajos de los niños y niñas respectivamente, desde el desmonte y pre-

paración del terreno, hasta la cosecha de los frutos. Y en verdad que no hemos visto en ninguno de los cultivos de la Sabana de Bogotá mejores legumbres que las de Santiago y Sibundoy. Para formar idea clara del progreso en la educación de los indios, es preciso ver y oír y saber además las dificultades que tienen que vencer, y el trabajo que se imponen los directores, para obtener tales resultados. Los padres se oponen tenazmente a que sus hijos concurren a las escuelas, entre otras preocupaciones, porque temen que pierdan sus costumbres, o como dicen ellos, se hagan blancos. Y los niños se resisten porque habituados en esa edad al ocio y la vagancia, repugnan todo trabajo, más aún el que exige mayor atención.

Los directores para vencer estos prejuicios y dificultades, se ven obligados a ir de choza en choza, buscarlos en sus escondites, acariciarlos, regalarlos, y muchas veces llevarlos en brazos, dándoles sal y dulces de que gustan mucho y son uno de sus mejores atractivos.

Entre los mayores goces que disfrutamos en estos inolvidables días, contamos aquellos en que vimos cuánto habían adelantado en la piedad cristiana todos los indios, grandes y pequeños, pues además de oírles recitar con propiedad y fervor las oraciones de la mañana y de la tarde, vimos acercarse a la Santa Mesa más de cien indiecitos de uno y otro sexo, con grande atención y profundo recogimiento, el día

que celebramos el Santo Sacrificio por los Padres misioneros y por el éxito de sus apostólicas labores.

Las emociones que embargan el espíritu en tales actos religiosos son indescriptibles.

*
* *

Cuando en días no lejanos nos veíamos aquí bajo la suntuosa cúpula al pie de aquel artístico altar y delante del piadoso calvario que se levanta en su centro; cuando con los incensarios de plata en las manos perfumábamos la Sagrada Mesa sobre la cual debía inmolearse Nuestro Señor Sacramentado; cuando con santo temor mezclado de dulce confianza contemplábamos en nuestras indignas manos la blanquísima hostia y el áureo cáliz que guardaban el cuerpo y la sangre de Nuestro Divino Redentor; cuando el órgano dejaba oír sus armonías, o los truenos de las trompetas estremecían las bóvedas de esta catedral y en fin, cuando en torno nuestro veíamos centenares de almas que asistían a los divinos oficios, y por quienes con grande interés implorábamos las bendiciones del cielo, en ese entonces qué de goces, ternezas y consuelos inundaban nuestro espíritu con afectos que, aunque atenuados con arideces y sequedades que hacían de nuestro corazón tierra seca y sin agua, se reanimaba, por obra de la divina gracia, para adorar al Señor oculto con fe más viva y caridad más ardiente.

Permitidme, señores, evocar estos gratísimos recuerdos y traer a la memoria, en este día, el que guarda aún mi alma de este santo templo, de mi amado maestro y hermano el Ilustrísimo y Reverendísimo señor Arzobispo, de mis inolvidables colegas del coro y de las almas a quienes desde entonces hubiéramos querido llevar al cielo; y habréis de permitirme este mismo recuerdo como un paralelo que revele mejor mi pensamiento.

Las emociones que intento daros a conocer y que el mundo no conoce, pero que para las almas de fe son realidades que llenan el corazón de goces inenarrables afirmándolo más y más cada día en el servicio de Dios, cómo se multiplican y cómo aumentan en intensidad con la celebración de los divinos misterios en el seno de nuestros bosques.

En efecto: no fue en una catedral, menos aún en una Basílica donde celebrámos los augustos misterios de nuestra santa religión; antes bien en una rústica capilla pajiza, sostenida por cuatro maderos cuyos lados están cubiertos con tablillas de bambú o crudo barro. En el centro se eleva un tosco altar adornado con flores campestres, y en medio, sobre el oscuro fondo de la pared, se destaca la imagen de Cristo, de dimensiones naturales, carcomida ya por el tiempo, las influencias del clima y la intemperie; pero fiel testigo de los heroicos hechos en épocas lejanas por los primeros misioneros que pe-

netraron a las regiones del Caquetá y el Putumayo. A los pies de esa veneranda imagen de tantos y tan grandes recuerdos se inclina el sacerdote, se signa con la diestra y da principio al tremendo sacrificio del altar. En torno suyo se arrodillan tres o más centenares de indios cubiertos de pobres y escasísimas ropas pero con una alma blanca, revestida con la brillante vestidura de la divina gracia. Allá no hay incensarios de plata, ni balsámico humo que perfume el altar; pero sí hay flores que perfuman aquel humilde recinto. No hay órgano que llene con sus voces las naves del templo; más sí hay una voz argentina y suave, semejante al sonido de una flauta, que rompe el silencio y crece paulatinamente hasta producir en la variedad de sus notas un himno piadoso. Es la voz de una virgen, de una esposa de Cristo que, abandonando patria y familia, las comodidades y encantos de los centros europeos, y aun ocultando para siempre el nombre de noble linaje, se ha sepultado entre aquellas selvas, sometiéndose a toda clase de sacrificios por amor de Dios y por salvar las almas.

Aquella dulce voz, tímida y débil al principio, se hace más fuerte y sonora, hasta que robustecida por la de dos o tres religiosas más, y un centenar de voces infantiles, sube al cielo entre el piadoso coro de la misión, cuyas armonías repiten las montañas y se pierden en el espacio, diré mejor, no se pierden, sino que al extinguirse

en las montañas llegan al trono de Dios que las bendice y devuelve como lluvia benéfica de gracia.

Llega por fin la hora de la elevación: profundo silencio reina en aquella morada; silencio interrumpido solamente por el tañido de la campanilla que anuncia la real presencia de Jesucristo, el dulce trinar de la avecilla que anida en el alero, y la discreta voz del indiecito que adora a Dios allí presente.

El espíritu se transporta entonces hasta la gruta de Belén: contempla al Dios Niño rodeado de humildes pastores, con la diferencia que en vez de llevar las piadosas ofrendas de que nos habla la tradición, los indios le llevan tan sólo la ofrenda del corazón, recibiendo en cambio el sumo don: Jesucristo Nuestro Señor.

Qué hondas emociones llenan el alma cuando Dios mismo está entre las manos del sacerdote o le contempla sobre el albo corporal; cuando siente en su alma las influencias del divino misterio y más aún, cuando se siente rodeado de la presencia real como el pez en el agua, y penetrado de ella como el cristal por brillante luz. Con qué palabras podrá explicar los goces y consuelos, las dulzuras y encantos que le cautivan, cuando al volverse de frente a los indiecitos con el eucarístico Sacramento en las manos les contempla anhelantes, humillada su frente y juntas las manos o cruzadas sobre sus pechos virginales.

Con estas santas disposiciones reciben al Señor; con qué fe lo adoran, con cuánta caridad le aman; parece que los ángeles guardianes revelantes los cubrieran con sus alas.... Y después, después, señores, los que enantes carecían hasta de la noción de Dios, lo reciben en su seno y se retiran luego a sus faenas a disfrutar en medio de ellas de las delicias de los que gozan de la caridad de Dios, y de la paz de los que viven en su santa ley.

Termino, señores, llamando vuestra atención al deber que todos tenemos de apoyar decididamente esta misión; y digo esto porque es bueno, santo y justo, porque si bien debemos apoyarlas todas, señaladamente ésta por la circunstancia de que aquí el menor descuido, pone en peligro la integridad nacional, pues además de que fuerzas enemigas ocupan ya una parte de nuestro territorio, la invasión puede continuar su marcha, y nuestra indiferencia en este caso, sería criminal.

Por tanto la Iglesia, el Gobierno y los colombianos todos sin distinción, estamos obligados a trabajar en este sentido, porque pesa gravísima responsabilidad si descuidamos tan sagrado deber.

En cuanto a la Iglesia, sabéis vosotros que hasta el día nada ha omitido de cuanto debiera hacer; el Gobierno es verdad que ha trabajado, pero necesita aún desplegar mayores energías, y de modo que resulten mejor organizados sus trabajos; corresponde en tercer lugar a los colom-

bianos todos, pero de manera generosa, decidida y constante para que la acción sea eficaz. Este es deber que nos impone la religión y la patria; pues si es deber nuestro extender la mano al desgraciado que en demanda de pan golpea a nuestras puertas para satisfacer el hambre que le acosa y cubrir su desnudez, ¿a qué estaremos obligados para con los que por ignorancia no saben pedir, o que por estar distantes de nosotros, se hallan olvidados del mundo civilizado y lo que es peor aún, tal vez hasta perseguidos y esclavizados por hombres sin corazón?

Hace apenas once años que fue desgarrada nuestra patria y arrebatado un precioso jirón de nuestra bandera; y desde años atrás se nos disputa con injusta tenacidad el derecho sobre otra parte de nuestro rico territorio. La causa de uno y otro mal, triste, tristísimo es decirlo, ha sido las guerras intestinas y la indolencia en que hemos vivido hasta el presente; y si lo primero es reprochable, considerando lo justo de nuestro derecho divina y humanamente, lo segundo es antipatriótico, es un crimen. Pero a Dios gracias, la Iglesia que es fiel guardián de los intereses sobrenaturales de sus hijos, también defiende y ampara los derechos humanos. Y así, mientras nosotros vivíamos en el olvido y la indolencia, uno de los misioneros al tener noticia de la invasión de nuestro territorio por fuerzas extrañas, da la voz de alerta al Gobierno, y ya dijimos con cuánta insistencia tra-

bajó hasta lograr que se atendiese su reclamo, salvando así, si no toda la integridad nacional, al menos una parte muy importante; pues nadie ignora que quienes prevalidos de nuestro olvido, usurparon parte de nuestro territorio, habrían avanzado también fácilmente sobre lo demás.

Continuar mirando las ricas regiones del Putumayo y Caquetá con tal indiferencia, no es cristiano ni patriótico: no lo primero, porque el amor a la patria, es una virtud que ha preconizado la Iglesia con la beatificación de Juana de Arco; no lo segundo, porque aunque se considere sólo humanamente esta virtud, sería inculicable tal abandono; y así como sería criminal el hijo que viendo abofeteada y robada a su madre, no concurre a su defensa, así no merecería el dictado de bueno quien permanece indiferente viendo ultrajada la patria, nuestra segunda madre, y en peligro de ser arrebatada una parte de nuestro suelo.

Mirad lo que pasa actualmente en el viejo mundo. Cinco naciones, como leones enfurecidos, lanzándose unas sobre otras, se desgarran las entrañas en defensa de reales o pretendidos derechos. Pues bien: nosotros sin estar a la misma altura de civilización y de cultura, hemos de probar al mundo entero que no son las armas el medio civilizador de reivindicar nuestros derechos conculcados, sino la pacífica posesión de nuestro territorio: edificando y no destruyendo.

Empero para edificar se hace necesaria la cooperación general. ¿De qué manera? Permitidme citaros un ejemplo conocido de vosotros: Cuando a la católica Isabel se le anunció la posibilidad de descubrir un nuevo mundo, y esta gran reina comprendió el engrandecimiento que de tal acontecimiento había de resultar para su patria, se desprendió de cuanto poseía, y más aún se despojó de sus reales joyas para ayudar la empresa de quien le prometía realizar sus nobles aspiraciones, y ya sabéis que este acto de desprendimiento dio a España un nuevo mundo.

Y, hecho providencial! Celebramos hoy el día del descubrimiento de América: uno de los más clásicos de nuestra historia, en que la Providencia ofrece a los poderosos de Europa campos ilimitados donde extender sus dominios, para llevar, en su nombre, la fe y la civilización a pueblos incultos. Hoy, en memoria de este hecho sin igual en la historia, y en recuerdo de los que sacrificaron sus más caros intereses por darnos religión y patria, venimos a pedir, señoras, no las ricas joyas que brillan en vuestras cabelleras, ni a vosotros, señores, los collares, anillos y brazaletes que adornan a vuestras madres, esposas y hermanas, aunque bien pide nuestra amada patria el sacrificio de una parte, al menos, de estas riquezas. Pero venimos a pedir, cercenéis siquiera algo de lo superfluo en beneficio de tan grandiosa obra.

Vosotras matronas, formad asociaciones como las habéis formado con otros laudables fines, organizadlas en decurias y centurias para hacer colectas mensuales; pues de este modo no sólo facilitaréis el hacer el bien a los prójimos, sino que también seréis cooperadoras eficacísimas de quienes han acometido estas empresas. Vosotros, señores, tendréis por campo el apoyo decidido que debéis prestar a la Junta de Misiones, con vuestros donativos, con vuestras influencias personales y oficiales, con vuestros talentos, por la prensa y por todos los medios que sugiera la caridad cristiana y el espíritu público.

Además, nuestro entusiasmo debe ser tanto mayor cuanto más grandes son los frutos alcanzados. Ya sabéis los progresos obtenidos por los misioneros, según nuestra «carta abierta» al Ilmo. y Rvmo. Señor Arzobispo y por lo que acabamos de decir. Pues bien, ahora me es muy satisfactorio, poner en vuestro conocimiento que el celo de los misioneros ha despertado tal atractivo en los indios que, lejos de huír como lo hacían antes, hoy muchos de ellos, desde las márgenes del San Miguel y el Aguarico, traen sus hijos al Orfelinato que a costa de grandes sacrificios sostienen en Puerto Asís las abnegadas Madres Franciscanas. Pero señores y señoras: ¿dónde está el pan para alimentarlos? ¿dónde los vestidos para cubrir su desnudez, si vosotros no enviáis lo uno y lo otro?

Ha llegado para nosotros la hora de poner a prueba nuestro patriotismo y de demostrar con hechos reales las palabras y los sentimientos, diré mejor lo que pensamos y sentimos con relación a nuestros deberes de ciudadanos católicos y sinceros patriotas.

† LEONIDAS
Obispo de Pasto

**El Ilmo. y Rvmo. Señor
Francisco Simón y Rodenas**

Hemos tenido la pena de saber que murió en el convento de los RR. PP. Capuchinos, en Masamagrell (Valencia-España), el Ilmo. y Rvmo. Señor Simón y Rodenas, Obispo que fue de Santa Marta, y luégo titular de Equino. Nació el Ilmo. Prelado en Orihuela, el 2 de octubre de 1849. Vino a Colombia a principios del año 1892, y desde entonces trabajó con apostólico celo en favor de la diócesis de Santa Marta. Allí fue Rector del Seminario, y Vicario Capitular. El 11 de junio de 1904 fue elegido Obispo de aquella diócesis. Las múltiples labores del episcopado no le hicieron disminuir la austeridad de su vida, que fue de oración, trabajo y penitencia.

Al registrar la muerte de este virtuoso Prelado, enviamos nuestro más sentido pésame a los RR. PP. Capuchinos y de modo especial, al R. P. Fr. Eloy María de Orihuela, Custodio Provincial en Colombia y sobrino del ilustre finado.

Unión Apostólica—Patrono del Mes

10 NOVEMBRIS 1914

S. Andreas Avellinus

OREMUS.—*Deus qui in corde beati Andreae confessoris tui, per arduum quotidie in virtutibus proficiendi votum, admirabiles ad te ascensiones disposuisti: concede nobis, ipsius meritis et intercessione, ita ejusdem gratiae participes fieri; ut perfectiora semper exsequentes, ad gloriae, tuae fastigium feliciter perducamur. Per Christum Dominum Nostrum....*

Lectio spiritualis non minus necessaria sacerdoti quam meditatio ad sanctimoniam adipiscendam.

1. «Cum divinarum rerum quotidiana consideratione magni refert ut sacerdos piorum librorum lectionem, eorum in primis qui divinitus inspirati sunt, conjungat assiduus. Sic Paulus mandabat Timotheo: *Attende lectioni....* Quantum enim vero proficiunt sacerdotes qui constanti hoc praestant assuetudine; ut sapide praedicent Christum, utque mentes animosque audientium, potius quam emolliant et mulceant, ad meliora impellant, ad superna erigant desideria!...»

2. «De nostris quippe officiis ac de praescriptis legitimae disciplinae (pii libri) graviter commonefaciunt; repressas in animo coelestes voces suscitant, desideria propositorum castigant; dolosam obturbant tranquillitatem; minus probabiles affectiones, dissimulatas, coarquant; pericula detegunt, saepenumero incautis patentia».

3. «Sed contra heu! saepius accidit nostra aetate, ut homines e clero tenebris dubitationis sensim offundantur et saeculi obliqua sectentur, eo praesertim quod piis divinisque libris longe alios omne genus atque ephemeridum turbam praeoptent, ea quidem scitentia errore blando ac lue. Vobis, dilecti filii, cavete: adultae propectae quae aetati ne fidite, neve sinite spe fraudulenta illudi, ita vos posse aptius communi bono prospicere....»

Vocatio S. Andreae Avellini ad vitam perfectam ortum habuit lectionem unius textus Scripturae sacrae. Ejus intercessione petamus studium lectionis spiritualis.

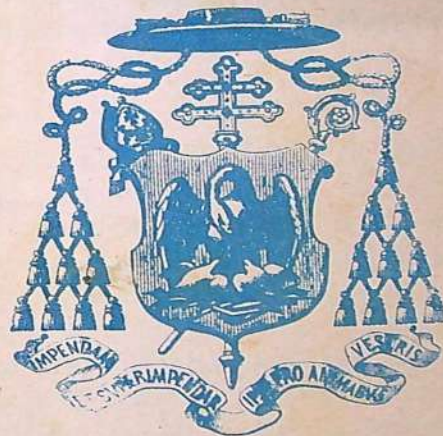
República de Colombia (Bogotá)

Número 20—Noviembre 1.º de 1914

LA IGLESIA

Organo Oficial de la Arquidiócesis de Bogotá

PUBLICACION QUINCENAL



Ubi Petrus

Ibi Ecclesia

Año IX—Vol. IX

BOGOTÁ

ADMINISTRACION: PALACIO ARZOBISPAL
MCMXIV

IMPRENTA DE SAN BERNARDO—CARRERA 7.ª NÚMERO 388.